

Por Q. H.

EN esa zona más alta que Chapultepec, el peñón histórico donde nació la patria, impreta el panteón de los Hombres Ilustres en esa Rotonda que la patria ha dedicado a las tumbas de los ciudadanos ejemplares.

Allí se extiende la metrópoli de los muertos, en donde año con año el pueblo se reúne y comparte con los seres vivos la fiesta de su recordación, con la misma alegría y los mismos deseos que se conviven en las fiestas cotidianas de la urbe bulliciosa de esta República. México ha reconocido el centro auténtico de su espíritu inmortal en la Rotonda que guarda los restos de sus hijos ilustres, rodeados por la muchedumbre de todas las épocas y de todas las edades de la nacionalidad. La historia con sus fechas bélicas que han decidido el curso de nuestras verdaderas causas políticas, con sus pensadores que han reflexionado en las leyes y en los sistemas científicos, los poetas y los literatos que han interpretado esas causas con el entusiasmo y con la comprensión, los artistas que han dejado impresionados en las partituras musicales y en las obras plásticas los momentos del alma y del sentimiento; todo, absolutamente confundidos seres y cosas, espíritus vibrantes que se perpetúan en la fatuidad de la noche del cementerio, pasa cerca de nosotros cuando llegamos, caminando por las callejuelas sombreadas de cipreses, fresnos y diversos arbustos, hasta el ámbito de la Rotonda de los Inmortales.

Y en este artículo que sólo quiere enfocar algunos aspectos de la cultura mexicana, representada por muertos insignes, en quienes se acertaría el verso excelso de Quevedo para un epitafio unánime:

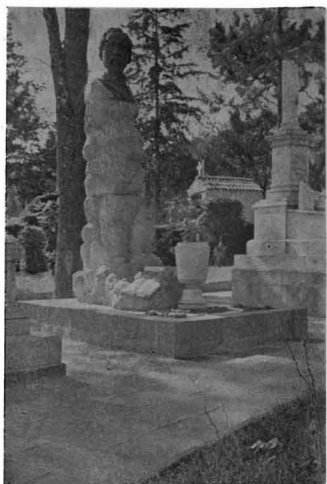
Su cuerpo perlerán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enumerado...

nos acercamos primero al espíritu que surge del grupo lapideo bajo el que reposa el cuerpo "Nigromante", ese pensador, ese inquisido, que por las proporciones sociales e individuales en que vivió tiene un gran parentesco con Dante Alighieri y con el florentino par de la Conciencia trascendental, era de los que piensan "que si se van de un sitio quien se queda en ese sitio, y si se quedan quien va". En esta manera Ignacio Ramírez, con una gran iniciativa personal, con una capacidad intelectual extraordinaria estuvo en todo y dejó huellas en todas las disciplinas intelectuales, las cuales preparó el pensamiento nacional para poder percibir e interpretar la totalidad de las ideas. Brevemente recordemos sus pasos por la vida: muy joven se encierra en la biblioteca y no sale de ella sino hasta después de leer todas las nociones de la cultura clásica, de la teológica y de la moderna; con esa cultura conquista su título de abogacía en la cátedra, es decir, en el período guerra en las batallas de la Reforma, gobierna a su pueblo, tribuno popular y parlamentario, organizador incansable, feroc destructor, condecorador de casi todas las ciencias sociales, y sobre todo un filósofo que sabe llevar a la polémica el México moderno de la Independencia, hasta enfrentarlo intercontinentalmente, como sucedió en aquella que sostuvo con el célebre orador español Emilio Castelar, que terminó con un artículo extraordinario de Ramírez llamado "La desespañolización", que produjo en el ánimo del gran Castelar este rasgo: el envío de su retrato al mexicano con estas palabras dedicatorias: "A don Ignacio Ramírez, recuerdo de una polémica en que la elocuencia y el talento estuvieron siempre de su parte, el vencido Emilio Castelar."

No es concebible la Reforma sin el talento de Ramírez, que, como dice Lorea Chávez, fue el "hombre capaz de sacar con estremecimientos de caos las conciencias tanto tiempo enlustradas. El movimiento hubiera sido más sereno —bien es cierto—, pero no habría realizado su objeto." Por eso Ramírez "hacia a la vista de los piadosos, de los devotos, de los gazarinos y de los tartufos del modernismo, un papel especial: era el Mediador de la Reforma".

El talento protético de este mexicano ilustre, de hecho preparó también el advenimiento de los grandes maestros; después de él vendrían Ignacio M. Altamirano y Justo Sierra, o sea que después de él vendrá por fuerza la cristalización de un espíritu universitario que hasta ahora tiene su realización suprema en la Ciudad Universitaria.

No es posible tampoco concebir la literatura mexicana moderna que dió primero en el romanticismo a Manuel Acuña y a Manuel M. Flores, y en el más reciente modernismo a esa figura egregia que es Manuel Gutiérrez Nájera. En el romanticismo mexicano Ignacio Ramírez, ya en su edad senil, tomó parte principalísima al ser el que de ese declamatorio sentimental que provocó Rosario de



...No es concebible la Reforma sin el talento de Ignacio Ramírez...



...Díaz Mirón: el mayor esfuerzo artístico del idioma...

TUMBAS DE HOMBRES ILUSTRES

la Peña, la inspiradora de Acuña y de Flores y, victinaria del corazón del ya viejo escritor por entonces, don Ignacio Ramírez. Este fue el que inscribió en el histórico álbum de Rosario la dedicatoria, él fue quien obsequió a la musa de "perfil numismático" ese álbum de pastas de marfil, depositario de tantas joyas manuscritas de nuestra literatura. El dictico de Ignacio Ramírez decía:

Ara es este álbum: espíritu, castores,
a los pies de la diosa, incienso y flores.

Y después de él, Acuña y Flores escribieron sus versos inmortales.

De este maestro mexicano en toda la extensión de la palabra, que todo lo examinó, para ponerlo en el curso de la mentalidad mexicana y ser expuesto en el aire de América, Luis G. Urbina dibujó este retrato: "Recuer-

do haber visto pasar por mi existencia escolar a este maestro, etéreo, flaco, vivo, con la espalda encorvada dentro de la levita de un negro amarillento. Cuando lo recuerdo lo veo siempre abstraído, siempre triste, en una concentración despectiva." "Pobre, desesperanzado, impávido abandonó el mundo el año de 1879 aquel luchador, aquel maestro de una generación que fue educada por él en el culto de la ciencia y de la verdad."

Pasamos después frente a la tumba de Francisco González Boanegra. Inscrita tocantemente en la piedra se ve esta leyenda: "Restos del poeta Francisco González Boanegra, autor de la letra del Himno Nacional Mexicano. Abril 11 de 1861." Y recordamos entonces a este hombre que murió a los 37 años y que tuvo el privilegio de embelazar con sus palabras el canto patrio; versos suyos han

sido el compromiso de muchas generaciones cuando su entonación se eleva en la sonoridad del viento de los árboles. No hay mexicano que al escuchar los siguientes versos, no sienta calorífico estremecedor de las más altas intenciones:

Mexicano, al grito de guerra
el acero apretado y el brío,
y retémble en su centro la tierra
al sonoro rugir del cañón...

...Mas si osare un extraño enemigo
profanar con su planta tu suelo,
piensa oh patria querida que el cielo
un soldado en cada hijo te dio...

Estos versos fueron premiados por un jurado calificador que compusieron los señores Bernardo Couto, Manuel Carpio y José Joaquín Paredo, después de haber sido pública

(Pasa a la página 2)



...José Clemente Orozco: una obra rica en tradición propia...



...Justo Sierra: sólo amar las grandes cosas y las cosas pequeñas...

